

BREVÍSIMA HISTORIA DEL TIEMPO

Edgardo Ronald Minniti Morgan



En un principio, la noche y el día.

El tiempo constante.

Después vino la razón.

Asirios y Caldeos discutieron entre sí sobre aquello que ocurría alrededor. Arriba y abajo. Divagaron sobre los dioses, los cielos y el devenir.

Virgen, la constancia del tiempo pasó a Grecia, vía Egipto.

La Astronomía lo hizo su amante permanente. Los fisiólogos de Jonia tuvieron mucho que ver en ello.



Roma que siguió lavando sus manos en las aguas fuentes de Heráclito, tomó seriamente los relojes y los emplazó en el centro de la Europa circumspecta.



Los latidos del corazón, el movimiento pendular del brazo, los actos mecánicos, continuaron constituyendo instrumentos diaconales en el culto de su escalar constancia, pese a los caprichos reales franceses que por decreto, signaban como IIII el natural IV utilizado en los cuadrantes románicamente devenidos.

Por entonces, el espacio violado comenzó a recorrer los pasillos del pensamiento universitario escondiendo sus tridimensionales despojos. Inteligencias caritativas trataron de recomponerlo de maneras diversas. Euclides olvidado, sollozaba en el rincón.

Lo único seguro era el tiempo, esa abstracta entidad inasible. Su brillo no empañó la pura crítica de la razón. Las mónadas bailaron alegres danzas diferenciales al ritmo preciso de aquella originaria regularidad numérica. Pasó por rara deificación a convertirse en parámetro. Luengas estructuras disciplinarias se erigieron a partir de aquel precepto. Después de todo y pese a todo, era una constante. Magister dixit. Kant quitándose la galera inclinó la cerviz ante su regularidad. Algunos muchos

siguieron mirando para el costado, carentes de la capacidad y valor para enfrentarlo.
¿Quién se atrevería a abrazar su figura?



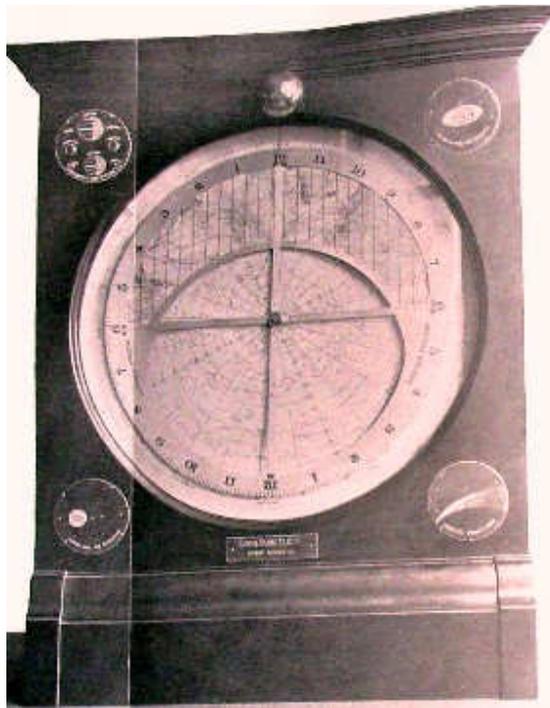
Las arenas, arrastradas por otras corrientes diversas de pensamiento, relativizaron su relación fenoménica, con la zancadilla de los varios observadores con distintos marcos referenciales, cuyas determinaciones se habrían de ajustar en base a transformadas lecturas lorentzicas, con relojes cada vez más precisos de corazón atómico.

La naturaleza acepta complacida el corsé. Encaja perfectamente en su cintura, adelgazando exquisitamente las líneas hasta hacerlas converger.

Nadie pregunta nada. Es una constante. Después de todo, ¿para qué? El modelo cierra. Las ecuaciones cierran. Las cosas surgieron en un instante explosivo, algo así como una cifra sin valor con poco más de algunas decenas de otros ceros temporales, ¡después de la coma por supuesto! El tiempo real, desconocido, poco importa. Vale el otro, el de los relojes.



El sentido se respeta. El Tiempo, con minúscula, sigue constante. La reconversión viene sólo para los observadores de afuera. Ellos no cuentan en realidad, están demasiado lejos. Ya nadie lo hace.



El proceso desencadenado dicta sus caprichosas reglas. Cambia relativamente en las mediciones solo si viaja en un ascensor atípico o si su gemelo queda aquí mientras toma la veloz nave espacial y huye. Después de todo es uniforme y constante, además de continuo; el t de las fórmulas así lo acreditan con Einstein a la cabeza. Las diferencias son solo problemas de lecturas y de marcos físicos de referencia. Los vectores se ocupan de otras cosas. No importa quién lo dijo al principio, lo cierto es que él es así, debe serlo, está dispuesto desde los comienzos. Solo interesa que de esa manera lo exige aquel concierto de Bach que calma el espíritu lógico agraviado por llegarse a pensar lo contrario al descubrirse la magnitud de la energía en juego en ciertos procesos cataclísmicos.

Bolyai, Lovatchevskj, Riemann, se olvidaron de él en el momento preciso, solo se ocuparon de su par, el espacio. Eran geómetras a los que el tiempo solo apremiaba, como a todos nosotros.

